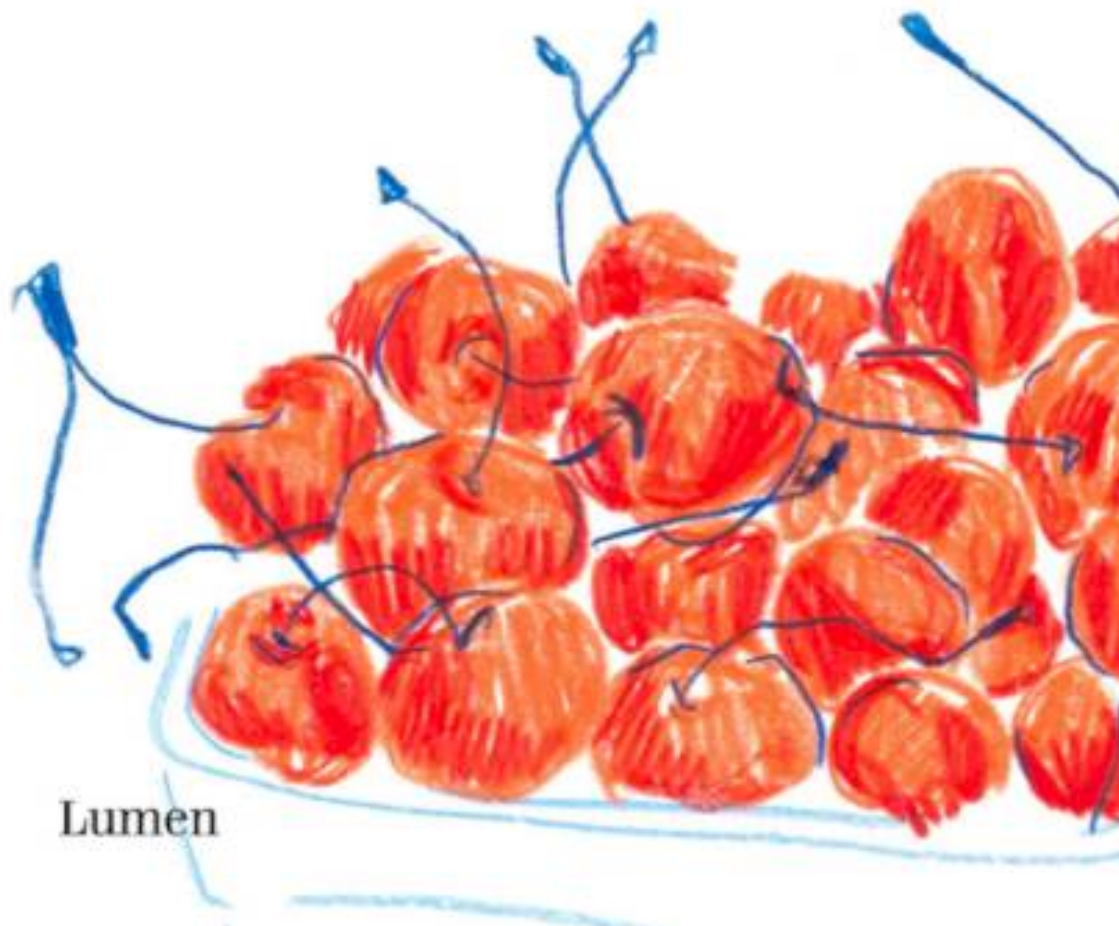


Edna

Objeto de amor

O'Brien



Lumen

Objeto de amor

Edna O'Brien

Traducción de
Regina López Muñoz

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Philip Roth,
por nuestra larga amistad*

Jarana a la irlandesa

Mary confiaba en que el neumático delantero, podrido, no estallara. La cámara sufría ya un pequeño pinchazo, y había tenido que parar dos veces y usar una bomba, exasperante, porque no tenía válvula y había que encajarla sirviéndose de la esquina de un pañuelo. No recordaba haber hecho otra cosa en la vida que inflar neumáticos de bicicleta, acarrear turba, limpiar casas, hacer faenas de hombres. Su padre y sus dos hermanos trabajaban para los forestales, así que a su madre y a ella les correspondía todo el trabajo sucio: había que cuidar a tres criaturas, y aves de corral, y marranos, y batir mantequilla. Tenían una finca entre las montañas irlandesas, y la vida era dura.

Pero aquella tarde fría de primeros de noviembre, Mary era libre. Circuló por la carretera de montaña, entre los setos de espino pelados, pensando con deleite en la fiesta. Tenía diecisiete años, pero era su primera fiesta. La invitación le había llegado esa misma mañana a través de la señora Rodgers, del hotel Commercial. El cartero le dio el recado de que la señora Rodgers contaba con ella esa noche, sin falta. Al principio, su madre no quiso que fuera, había mucho trabajo que hacer, gachas que preparar y uno de los gemelos estaba con otitis y seguramente lloraría durante la noche. Mary dormía con los gemelos, que tenían un año, y a veces

le daba miedo aplastarlos o asfixiarlos, de lo pequeña que era la cama. Rogó que la dejase ir.

—¿Para qué? —preguntó.

En opinión de la madre de Mary, todas las excursiones acarreaman inestabilidad, te daban a conocer algo que no podías tener. Pero al final se ablandó, sobre todo porque la señora Rodgers, propietaria del hotel Commercial, era una mujer importante y no convenía hacerle un feo.

—Puedes ir, siempre y cuando estés de vuelta para el ordeno de mañana por la mañana; pero ¡cuidadito con perder la cabeza! —le advirtió.

Mary pasaría la noche en el pueblo con la señora Rodgers. Se había trenzado el pelo, y luego, al cepillárselo, le cayó sobre los hombros en oscuras ondas. Obtuvo permiso para ponerse el vestido negro de encaje llegado de América años atrás, el que no era de nadie. Su madre la roció con agua bendita, la acompañó a lo alto del camino y le advirtió que no probase ni una gota de alcohol.

Mary se sentía feliz pedaleando despacio, sorteando los baches cubiertos de una fina capa de hielo. Aquel día la escarcha no se había derretido. El suelo estaba duro. De seguir así, tendrían que guardar el ganado en el establo y alimentarlo con heno.

La carretera giraba y serpenteaba y subía; Mary giraba y serpenteaba con ella, subía una pequeña loma y descendía en dirección a la siguiente. En la bajada de la Gran Colina se apeó de la bici —los frenos no eran muy de fiar— y volvió la cabeza, por costumbre, para mirar su casa. Era la única vivienda allá en la montaña, pequeña, enjalbegada, rodeada de unos pocos árboles y, por la parte de atrás, de un calvero que ellos llamaban huerto. Había un arriate con ruibarbos, y

arbustos sobre los que echaban las hojas del té, y una extensión de hierba donde en verano instalaban un corral que cambiaban de sitio de un día para otro. Desvió la vista. Ahora era libre de pensar en John Roland. John había llegado al distrito dos años antes, en una motocicleta que corría a una velocidad de vértigo y cubría de polvo los paños para la leche tendidos en el seto a fin de que se secaran. Se había detenido para pedir indicaciones. Se alojaba en el hotel Comercial de la señora Rodgers y había subido para ver el lago, famoso por sus colores. Variaba de tono rápidamente; era azul y verde y negro, todo en menos de una hora. Al atardecer solía adoptar un extraño color burdeos y no parecía en absoluto un lago, sino vino.

«Por allá», le había dicho Mary al desconocido, señalando el lago, más abajo, con el islote en el centro. Había tomado un desvío equivocado.

Las colinas y los diminutos trigales descendían muy empinados hacia el agua. La miseria de las colinas era evidente desde todos los peñascos. Los trigales cambiaban de color, estaban a mediados de verano; las zanjas rebosaban de fucsias de un rojo sangre; la leche se agriaba cinco horas después de que la echaran en la cisterna. John comentó lo exótico que era todo. A ella, en cambio, las vistas no le despertaban ningún interés. Se limitó a levantar la vista hacia el cielo y vio un halcón cerniéndose en el aire, por encima de ellos. Era como una pausa en su vida, el halcón cernido sobre ellos, perfectamente inmóvil; y justo en aquel momento salió su madre para ver quién era el desconocido. Él se quitó el casco y dijo «Hola» con mucha educación. Se presentó como John Roland, pintor inglés, residente en Italia.

Mary no recordaba exactamente cómo había ocurrido, pe-

ro al cabo de un rato John entró con ellas en la cocina y se sentó a tomar el té.

Habían pasado dos largos años desde entonces; sin embargo, ella no había perdido la esperanza; tal vez esa noche... El cartero le había dicho que en el hotel Commercial la esperaba alguien muy especial. Estaba loca de contento. Hablaba con la bicicleta, y le parecía que su dicha resplandecía en el cielo frío y nacarado, en los campos escarchados que azuleaban al anochecer, en las ventanas de las casitas que iba dejando atrás. Su madre y su padre eran ricos y joviales; los gemelos no sufrían otitis; la chimenea de la cocina no hacía humo. A ratos se sonreía al imaginar cómo se presentaría ante él, más alta y con pechos, y luciendo un vestido apto para cualquier ocasión. Se olvidó del neumático podrido, montó de nuevo y pedaleó.

Las cinco farolas estaban encendidas cuando llegó al pueblo. Aquel día se había celebrado una feria de ganado y la calle mayor se hallaba sembrada de boñigas. Los lugareños protegían las ventanas de sus casas con postigos de madera y arreglos provisionales hechos con tablones y toneles. Algunos estaban fuera limpiando su parte de la acera con un balde y un cepillo. Había vacas paseándose, mugiendo, como hacen las vacas en las calles que no conocen, y varios ganaderos borrachos armados con bastones que intentaban identificar a sus bestias en las esquinas sin iluminar.

Al otro lado del ventanal del hotel Commercial Mary oyó conversaciones a voces y cánticos masculinos. El cristal era opaco, de modo que no pudo identificar a nadie, solo distinguía las cabezas que se movían en el interior. Era un hotel destartado, a las paredes amarillas les hacía falta una mano

de pintura; no las arreglaban desde que De Valera estuvo en el pueblo durante la campaña electoral, cinco años atrás. Aquella vez De Valera subió, se sentó en el salón, escribió su nombre con una pluma en el libro de visitas y le dio el pésame a la señora Rodgers por la reciente muerte de su esposo.

Mary pensó en dejar la bici apoyada en los barriles de cerveza que había bajo el ventanal y subir los tres peldaños de piedra que daban a la puerta del vestíbulo, pero de repente el cerrojo del bar chasqueó y ella echó a correr, aterrorizada, y se metió por el callejón lateral, temiendo que fuera algún conocido de su padre que dijera que la había visto entrando allí. Metió la bicicleta en un cobertizo y se acercó a la puerta de servicio. Aunque estaba abierta, llamó antes de entrar.

Dos vecinas del pueblo corrieron a abrir. Una era Doris O'Beirne, la hija del guarnicionero. Era famosa por ser la única Doris de todo el pueblo y también por tener un ojo azul y el otro castaño oscuro. Estaba estudiando taquigrafía y mecanografía en la escuela técnica local, y pretendía ser secretaria de algún miembro famoso del Gobierno, en Dublín.

—Madre mía, y yo que pensaba que sería alguien importante —soltó cuando vio a Mary allí plantada, ruborizada, cohibida y con una botella de nata en la mano.

¡Otra chica! Había chicas hasta debajo de las piedras por aquellos pagos. La gente decía que los nacimientos de mujeres estaban relacionados con el agua de cal. Chicas de piel rosácea y ojos en sintonía, y chicas como Mary, con el pelo largo y ondulado y un tipo espléndido.

—O entras o te quedas fuera —intervino Eithne Duggan, la otra muchacha.

Se suponía que era una broma, pero a ninguna de las dos les caía bien Mary. Odiaban a los tímidos montañeses.

Mary entró, con la nata que su madre le mandaba de regalo a la señora Rodgers. Dejó la botella en el aparador y se quitó el abrigo. Las chicas se dieron codazos al ver el vestido. En la cocina olía a las boñigas de la calle y a las cebollas que se freían en una sartén sobre el fogón.

—¿Dónde está la señora Rodgers? —preguntó Mary.

—Sirviendo —dijo Doris con un tono descarado, como si fuera algo que hasta los tontos sabían.

Dos ancianos comían a la mesa.

—No puedo masticar, no tengo dientes —le dijo uno de los viejos a Doris—. Está más tieso que la suela de un zapato —protestó, tendiéndole el plato con el filete achicharrado. Tenía los ojos acuosos y parpadeaba como un niño. Mary se preguntó si sería verdad que los ojos clareaban con la edad, como las campánulas en los jarrones—. No irás a cobrarme por esto... —le decía el anciano a Doris.

Un filete y un té costaban cinco chelines en el Commercial.

—Ande, que le va bien masticar —terció Eithne Duggan, de guasa.

—Con las encías no puedo —repitió, y las chicas soltaron una risilla.

El anciano parecía complacido de hacerlas reír, y cerró la boca y mascó una o dos veces un trocito de pan fresco de la tienda. Eithne Duggan se reía tanto que tuvo que taparse la boca con un paño de cocina. Mary colgó el abrigo y pasó al bar.

La señora Rodgers salió de detrás de la barra un momento para hablar con ella.

—Mary, menos mal que has venido, esas dos de ahí no valen para nada, solo saben reírse. A ver, lo primero que hay

que hacer es preparar el salón de arriba. Hay que sacarlo todo menos el piano. Habrá hasta baile.

Mary se dio cuenta enseguida de que la habían llamado para trabajar y se ruborizó por la sorpresa y la desilusión.

—Mételo todo en la habitación de atrás, todo todito — continuó la señora Rodgers mientras Mary pensaba en el vestido bueno de encaje que su madre no le dejaba ponerse ni siquiera para la misa dominical—. También hay que rellenar un ganso y meterlo en el horno —añadió, y prosiguió explicando que la fiesta se celebraba en honor del oficial de aduanas, que se retiraba porque su mujer había ganado un dinero en los caballos. Dos mil libras. La mujer vivía a cincuenta kilómetros, más allá de Limerick, y él se alojaba en el Commercial de lunes a viernes y pasaba los fines de semana en casa.

—Me está esperando alguien—dijo Mary, estremeciéndose por el placer de estar a punto de oír el nombre de él pronunciado por otra persona. Se preguntó en qué habitación se alojaría y si andaría por allí en aquel momento. En su imaginación ya había subido las desvencijadas escaleras, había llamado a su puerta y lo había oído moverse dentro.

—¿Esperándote a ti? —exclamó la señora Rodgers, que por un momento pareció desconcertada—. Ah, el chaval ese de la cantera de pizarra ha preguntado por ti, dijo que te había visto un día en un baile. Es más raro que un perro verde.

—¿Qué chaval? —inquirió Mary. Sentía el corazón desbordante de alegría.

—Ay, ¿cómo se llamaba?... —dijo la señora Rodgers, y luego, a los hombres que la llamaban a gritos con los vasos vacíos—: Sí, sí, ya voy.

Arriba, Doris y Eithne ayudaron a Mary a trasladar los mue-

bles más pesados. Arrastraron el aparador por el rellano, una de cuyas patas rasgó el linóleo. Mary estaba sin aliento, porque le había tocado el extremo que más pesaba, mientras las otras dos se ocupaban de un mismo lado. Tuvo la sensación de que lo hacían a propósito: comían caramelos sin ofrecerle a ella y las pilló haciendo mohines mientras escudriñaban su vestido. También le preocupaba el vestido, por si le pasaba algo. Si se enganchaba un encaje con una astilla, o con un tonel, ya podía ir preparándose para la que le caería a la mañana siguiente. Transportaron un mueblecito de bambú barnizado, una mesilla, bibelots varios y una bacinilla sin asa con unas hortensias marchitas dentro. Olían a rayos.

—«¿Cuánto cuesta ese perrito, el que mueve la colita?» —cantó Doris O'Beirne a un perro blanco de porcelana, y luego juró que los muebles de aquel tugurio no valían ni diez libras en total.

—¿Vas a dejarte los bigudíes hasta que empiece, Dot? —le preguntó Eithne Duggan a su amiga.

—¡Pues claro! —replicó Doris O'Beirne. Llevaba todo un surtido de bigudíes: bastoncillos blancos, horquillas de metal y rulos rosas de plástico. Eithne acababa de quitarse los suyos, y el pelo, rubio teñido, estaba tieso, tan crespo que asustaba. A Mary le recordó a una gallina en plena pelecha a punto de echar a volar. Era, Dios la bendiga, muy poquito agraciada, bizca, con los dientes torcidos y casi sin labios; como si la hubieran montado con prisas. Cuestión de suerte —. Toma —le dijo a Mary, pasándole varios montones de facturas amarillentas ensartadas en pinchos.

¡Haz esto! ¡Haz lo otro! Le daban órdenes como a una criada. Le quitó el polvo al piano, por arriba y los lados, y a las teclas amarillas y negras; luego, a los bordes y al revestimien-

to. El polvo, denso, se había asentado y transformado en una película sólida debido a la humedad del salón. ¡Una fiesta! Más le habría valido quedarse en casa; al menos la de los terneros, los marranos y demás bestias era suciedad conocida.

Doris y Eithne se lo pasaban pipa, pulsaban teclas del piano al azar y vagaban de un espejo a otro. En el salón había dos, y un lado de la pantalla plegable de la chimenea era también un espejo muy roñoso. En los otros dos lados había unos nenúfares pintados sobre tela negra, pero, al igual que el resto de elementos de la habitación, se caían a pedazos.

—¿Qué es eso? —se preguntaron a la vez Doris y Eithne al oír jaleo abajo.

Salieron disparadas a ver qué pasaba, y Mary las siguió. Desde la barandilla vio que un novillo se había colado en el interior y daba resbalones por el suelo embaldosado, intentando encontrar la salida.

—No lo pongas nervioso, ¡que no lo pongas nervioso, te digo! —le decía el anciano desdentado al chico que intentaba guiar al novillo negro.

Dos chicos más estaban apostando si el animal haría sus necesidades allí mismo cuando la señora Rodgers salió y un vaso de cerveza se le cayó de las manos. El novillo reculó por donde había venido, meneando la cabeza de lado a lado.

Eithne y Doris se morían de risa abrazadas, hasta que Doris se retiró para evitar que los chicos la insultaran al verla con los bigudíes. Mary había vuelto al salón, abatida. Pegó las sillas a la pared con desgana y barrió el suelo de linóleo donde los invitados bailarían más tarde.

—Está llorando, te lo digo yo —le decía Eithne Duggan a su amiga Doris. Se habían encerrado en el baño con una botella de sidra.

—Menudas pintas de tonta del culo, con el vestido ese — agregó Doris—. ¿Has visto lo largo que es?

—Es que es de su madre —informó Eithne. Antes, en un momento en que Doris había salido, había elogiado el vestido y le había preguntado a Mary dónde se lo había comprado.

—¿Y por qué llora? —preguntó Doris a voces.

—Creía que iba a ver a uno. ¿Te acuerdas de aquel chico que se alojó aquí hace dos veranos? El de la moto.

—Ese era judío —observó Doris—. Se sabía por la nariz. Dios mío, pues con ese vestido le habría puesto los pelos de punta, la habría tomado por un espantapájaros. —Se reventó una espinilla de la barbilla, apretó un bigudí que se había aflojado y añadió—: El pelo tampoco lo lleva al natural, se nota que lo tiene rizado.

—Cómo odio ese pelo negro, parece de gitana —declaró Eithne, bebiéndose el último trago de sidra. Escondieron la botella debajo de la bañera, recién limpiada.

—Tómate un mentolado, que te limpie el aliento —le aconsejó Doris mientras se miraba con reparos en el espejo del baño, preguntándose si ligaría con el tipo ese, O'Toole, el de la cantera de pizarra, que estaría en la fiesta.

En el salón, Mary sacaba brillo a las copas. Le corrían lágrimas por las mejillas, así que no encendió la luz. Se imaginaba cómo discurriría la fiesta: todos de pie se comerían el ganso, que ya estaba cocinándose en el fuego de turba. Los hombres se emborracharían, las chicas soltarían risitas. Una vez acabada la cena, bailarían y cantarían y contarían historias de fantasmas, y ella tendría que madrugar al día siguiente para estar en casa a la hora del ordeño. Se acercó a la negra ventana con una copa en la mano y miró las calles sucias, recor-

dando la vez que bailó con John por la carretera de la montaña sin música, solo al ritmo de sus corazones, que latían al son de la felicidad.

Aquella jornada de verano se había presentado en su casa para tomar el té, y a sugerencia de su padre se quedó con ellos cuatro días, para echar una mano con el heno y engrasar toda la maquinaria agrícola. Sabía mucho de máquinas. Reparó pomos caídos. Mary le hacía la cama por las mañanas y por las tardes le subía agua del barril de lluvia en un aguamanil, para que pudiera asearse. El día que le lavó la camisa de cuadros que llevaba se le despellejó la espalda desnuda al sol. Ella le aplicó leche. Era su última jornada con ellos. Después de cenar él se ofreció a dar una vuelta en la moto a los niños mayores. Ella fue la última; le pareció que él había querido hacerlo así, pero también pudo ser que sus hermanos insistieran más en ser los primeros. Nunca olvidaría aquel paseo. Ardía de la cabeza a los pies, de alegría y asombro. Él elogió su buen equilibrio, y en un par de ocasiones levantó la mano del manillar y la felicitó dándole una palmadita en las manos unidas. El sol poniente incendiaba las flores amarillas de la aulaga. Recorrieron kilómetros sin decirse una palabra; Mary sentía en el estómago el pellizco delicado y frenético de una chica enamorada, y por mucho que se alejaran siempre parecían moverse entre una bruma dorada. John vio el lago en su máximo esplendor. Se bajaron a la altura del puente que quedaba a diez kilómetros y se sentaron en el pretil de caliza, ablandado por el musgo y el liquen. Mary se quitó una garrapata del cuello y se tocó donde el bicho le había chupado un puntito de sangre; fue entonces cuando bailaron. Un sonido de alondras y agua en movimiento. El